Juanito

Nataly González

Capítulo 1

El ruido de la turbina es ensordecedor. Es mi primera vez en un avión, así que intento pensar en cualquier cosa que calme el temblor de mis piernas, mientras miro la carretera de nubes que surca el azul del cielo a través de la ventanilla. Reclino la cabeza en el asiento y me pregunto qué diría mi abuelo si me viera cruzar el Atlántico en este pájaro de hierro, 100 años después de que Juanito hiciera la misma travesía desde el viejo continente.

Juanito era mi bisabuelo. Salió de las islas canarias en 1919, a bordo de un barco de carga, sin saber hacia dónde se dirigía. Tomó la decisión de embarcar en el último minuto, sin pensárselo demasiado y saltó como polizonte justo antes de que retiraran la escalerilla.

La historia cuenta que Juanito hizo todo el trayecto escondido en un saco de granos de café. La bodega del barco no tenía ventanas, y el olor a humedad y putrefacción era tan fuerte, que pasó los primeros días en un estado de alucinación y psicodelia causado por los constantes vómitos y la poca luz que entraba por las rendijas de la coraza.

Una noche, después de una semana de travesía, salió con cuidado a cubierta y se tumbó boca arriba a mirar las estrellas. Solo se escuchaba el golpear de las olas contra el casco. Juanito estaba a punto de quedarse dormido cuando sintió un chapoteo repentino y asomándose por la borda, vio a una mujer hermosa con cabellos rubios y cola de pez, nadando alrededor del barco. La sirena hizo piruetas en el agua por un rato hasta que se detuvo y le dijo, alto y claro: “Serás el ultimo de tu familia en cruzar el océano. Cualquiera de tus descendientes que lo intente se perderá en la travesía.”

Mi abuelo contó esta anécdota sobre su padre todos los domingos hasta el día en que murió. Juntaba a la familia alrededor de la mesa y nos hablaba sobre los ojos marinos de la sirena y sus pechos desnudos, como si la historia de Juanito también le perteneciese. Mi abuelo creía en aquella profecía como algo irrompible.

Después de muchos días y muchas noches, el barco atracó en el Puerto de La Habana, una tarde del mes de junio.

Bajó la escalerilla de último, tomó la primera calle a su derecha y caminó hasta cruzarse con una taberna. La barra estaba custodiada por un mulato masticando tabaco y una mujer fea que rellenaba vasos de ron.

¿Sirven comida en esta taberna? - preguntó.
Queda sopa y pan de ayer - respondió la mujer, sin despegar la vista de la botella de ron blanco.

Juanito no se detuvo a pensar en el vacío de sus bolsillos, ni en el hecho de que no sabía dónde iba a pasar la noche. Por ahora, solo le preocupaba que tenía hambre y que necesitaba comer. Puso las manos sobre la barra y dijo, con toda la determinación que fue capaz de juntar:

Quiero un plato de sopa, una ración de pan y un vaso de ron blanco. No voy a pagarles hoy, ni mañana, ni la semana próxima, pero les doy mi palabra de que en menos de tres meses regresaré y pagaré diez veces el valor de mi deuda.

La mujer fea terminó de llenar el vaso que tenía en la mano y levantó la vista para mirar a Juanito que infló el pecho e hincó un poco más las manos sobre la barra.

Se miraron fijo por un instante, hasta que el mulato escupió el tabaco y dijo:

Está bien canario, voy a esperarte por tres meses. Pero que te quede claro que en La Habana las deudas siempre se pagan.

Dos semanas después, el canario encontró trabajo cargando cajas en una ferretería. Le pagaban lo justo para rentar una habitación con goteras en un hostal que todavía existe, a dos calles del puerto. Un mes más tarde, conoció a unos pescadores alcohólicos que le prestaban un bote cuando estaban demasiado borrachos para pescar en la bahía. Juanito probablemente aprendió a pescar en las islas canarias, aunque nadie sabía mucho de su historia antes de embarcarse a Cuba. “Todo lo que vale la pena contar pasó después de cruzar el océano.”, decía. Pescaba al atardecer, y vendía pescado fresco en la madrugada hasta que, dos meses y trece días después de llegar al puerto, pagó diez veces su deuda a la mujer fea y el mulato del tabaco.

Siempre me pregunté si mi tatarabuelo en realidad se pasó aquellos dos meses y trece días llorando en su habitación con goteras, sintiéndose solo y desesperado tan lejos de su tierra. Quizás se sentaba en el bote mirando los barcos salir de la bahía como un cachorro en una perrera, esperando que alguno de ellos dejara la escalerilla abajo el tiempo suficiente para escabullirse a cubierta.

Si fue así, Juanito nunca lo contó. Su primera impresión de La Habana fue de amor a primera vista, su único amor real, hasta que una tarde de carnaval conoció a mi tatarabuela.

Ella lo hechizó desde el primer momento, cuando lo llevó a la parte trasera de una carroza y le plantó un beso rápido bajo la luz de una farola. Caminaron junto al mar toda la noche, y se casaron esa misma mañana. Mi bisabuela se llamaba Amelia. Era huérfana y tan pobre que vivía en las escaleras de una iglesia y comía de la caridad de las monjas. Su vida también fue digna de contarse los domingos alrededor de la mesa, pero mi abuelo no solía hablar mucho de su madre. Después de una boda improvisada, Amelia y Juanito rentaron un pequeño apartamento sin ventanas en el centro de La Habana Vieja. Juanito odiaba aquel lugar, decía que le recordaba demasiado a la bodega del barco, pero a Amelia le gustaba y era mejor que la habitación con goteras. Pasó de cargar cajas en la ferretería a encargado de turno, y ganaba bastante bien para un canario. También compró un bote, y pescaba cuando tenía tiempo, más por entretenerse que por necesidad.

Un día, cuando mi abuelo tenía dos años, Amelia salió del apartamento sin ventanas y nunca regresó. Juanito la buscó por tanto tiempo que terminó convencido de que la habían matado. No fue hasta tres años después que la vio de nuevo, caminando por el puerto del brazo de un hombre con corbata. Cruzaron solo una mirada disimulada, y Amelia apresuró el paso escondiendo el rostro detrás de un abanico amarillo. Ese día Juanito agarró a su hijo en brazos y salió del apartamento que había odiado por tanto tiempo. Vendió el bote y compró una casa grande con jardín, en donde vivió el resto de sus días. Mi abuelo heredó aquella casa, y mis padres, y luego yo.

Pienso en todas las generaciones que le sucedieron a Juanito, reunidos los domingos alrededor de la mesa. Una y otra vez escuchamos la historia del barco con olor a café, la taberna de la mujer fea, el abanico amarillo de Amelia y la predicción de la sirena. Pienso sobre todo en la predicción de la sirena, esa que mi abuelo creía irrompible, y me alegro de que no sea cierta. He cruzado el océano en un pájaro de hierro y no me he perdido.

Llego a Madrid otra tarde del mes de junio. El aire es más pesado, las nubes parecen más blancas, y la vegetación más seca. Estoy tan sola como Juanito al llegar al puerto de La Habana, 100 años atrás.

Y de repente, descubro que la mujer con cabellos rubios y cola de pez no se había equivocado.

NG Saavedra